

causa su tristeza; Enjolras se lamenta de su grandeza, que le somete á la viudez. Nosotros, todos tenemos, más ó ménos, nuestras queridas que nos ponen locos, es decir, bravos. Cuando está uno enamorado como un tigre, no es extraño que esté dispuesto á batirse como un león. Es una manera de vengarnos de las malas partidas que nos juegan nuestras señoras grisetas. Rolando se hizo matar para hacer desesperar á Angélica; todos nuestros heroísmos vienen de nuestras mujeres. Un hombre sin mujer es una pistola sin gatillo; la mujer es la que hace disparar al hombre. Pues bien, Enjolras no tiene mujer. No está enamorado, y á pesar de eso, encuentra él medio de ser intrépido. Es una cosa inaudita que haya quien pueda ser frío como el hielo y atrevido como el fuego.

Enjolras parecía no escuchar nada, pero cualquiera que hubiese estado junto á él le habría oído murmurar á media voz la palabra: *Patria*.

Todavía estaba riendo Bossuet cuando Courfeyrac exclamó:

— ¡Cosa nueva tenemos!

Y fingiendo la voz, en tono de portero de tribunal que anuncia, añadió:

— Yo me llamo Pieza-de-á-Ocho.

Con efecto un nuevo personaje acababa de entrar en escena. Una segunda boca de fuego.

Los artilleros hicieron rápidamente la maniobra de fuerza, y pusieron esta segunda pieza en batería junto á la primera.

Esto ya iba delineando el desenlace.

Algunos instantes despues, las dos piezas, vivamente servidas, disparaban de frente contra el reducto; los fuegos de peloton de la línea y de las afueras sostenían la artillería.

Á cierta distancia se oía otro fuego de cañón. Al mismo

tiempo que dos piezas se ensañaban contra el reducto de la calle de la Chanvrerie, otras dos bocas de fuego, asediadas, una en la calle de Saint-Denis, y la otra en la calle de Aubry-le-Boucher, combatían la barricada de Saint-Merry, haciéndose lúgubrementecó los cuatro cañones.

Los ladridos de aquellos sombríos y siniestros perros de la guerra se correspondían.

De las dos piezas que batían ahora á la barricada de la calle de la Chanvrerie, una disparaba metralla y la otra bala.

Esta última se hallaba apuntada con un poco de elevación, en términos que el tiro estaba calculado de tal manera que la bala hería el borde extremo del ala superior de la barricada, la iba despuntando ó quitando poco á poco la cresta, y desmenuzando las piedras sobre los insurrectos en infinitos cascos de metralla.

El tiro dirigido por este procedimiento tenía por objeto el alejar á los combatientes de la cima del reducto, y obligarlos á reunirse en pelotones en el interior, es decir, que esto anunciaba el asalto.

Una vez arrojados los combatientes de lo alto de la barricada por las balas de cañón, y de las ventanas de la taberna por la metralla, las columnas de ataque podrían aventurarse en la calle sin ser blanco de la puntería de los insurrectos, y aún tal vez, sin ser vistas siquiera, escalar bruscamente el reducto, como en la noche anterior, y ¿quién sabe? tomarle por sorpresa.

— Es preciso absolutamente disminuir la incomodidad de esas piezas, dijo Enjolras, y gritó en seguida: ¡Fuego sobre los artilleros!

Todo el mundo estaba dispuesto. La barricada, que callaba hacia ya mucho tiempo, hizo fuego desatinadamente, sucediéndose siete ó ocho descargas con una especie de rabia mezclada de alegría; la calle se llenó de una

humareda á cegar, y al cabo de algunos minutos, al traves de aquella densa bruma rayada toda ella de llamas, pudo distinguirse confusamente que las dos terceras partes de los artilleros se hallaban tendidos bajo las ruedas de las cureñas. Los que habian quedado de pié continuaban sirviendo las piezas con severa tranquilidad, pero el fuego era ya mucho ménos intenso.

— Esto marcha bien, dijo Bossuet á Enjolras. Buen éxito.

Enjolras meneó la cabeza y respondió :

— Con un cuarto de hora más de buen éxito como este, no nos quedarán ya diez cartuchos en la barricada. Parece ser que Gavroche ovó estas palabras.

XV

GAVROCHE FUERA DE LA BARRICADA

Couffeyrac notó de repente que habia álguien abajo de la barricada, fuera, en la calle, bajo las balas enemigas.

Era Gavroche que habia cogido en la taberna un cesto de los que sirven para transportar botellas, habia salido por la escotadura, y se hallaba tranquilamente ocupado en vaciar en su cesto las cartucheras llenas de cartuchos de los guardias nacionales muertos en la escarpa de reducto.

— ¿Qué es lo que estás tú haciendo ahí? dijo Couffeyrac.

Gavroche levantó la nariz :

— Ciudadano, estoy llenando mi cesto.

— ¿Pero no ves la metrella?

Gavroche respondió :

— Y bien, está lloviendo, ¿Y qué más?

Courfeyrac gritó :

— ¡Entra corriendo!

— Ya voy, en seguida, dijo Gavroche. Y de un salto se adelantó en la calle.

El lector recuerda sin duda que la compañía Fannicot, al retirarse, había dejado tras sí un reguero de cadáveres.

Unos veinte muertos yacían acá y acullá en toda la longitud de la calle sobre el empedrado. Eran otras tantas cartucheras para Gavroche. Una provision de municiones para la barricada. El humo formaba en la calle como una especie de niebla espesa. Todo el que haya visto una nube caída en una garganta de montañas entre dos escarpas perpendiculares, puede figurarse aquella humareda estrechada y como condensada por dos líneas sombrías de altas casas. El humo subía lentamente y se renovaba sin cesar; de aquí un oscurecimiento gradual que comunicaba su palidez á la plena claridad del día. Apénas si del uno al otro extremo de la calle, que sin embargo era bastante corta, se distinguían los combatientes. Este oscurecimiento, que probablemente habían querido y calculado los jefes que debían dirigir el asalto de la barricada, fué útil á Gavroche.

Bajo los pliegues de aquel velo de humo, y gracias á su pequeñez, pudo avanzar á bastante distancia en la calle, sin ser visto. Desbalijó las siete ú ocho primeras cartucheras sin gran peligro. Se arrastraba de bruces por el suelo, galopaba en cuatro piés, de gatas, cogía su cesto con los dientes, se torcía, se deslizaba y ondeaba serpeando de un muerto á otro muerto, y vaciando la cartuchera de cada uno de ellos, á la manera que un mono vacía una nuez.

Desde la barricada, de la cual se hallaba él aún bastante cerca, no se atrevían á gritarle que retrocediera, por miedo de llamar la atención hácia él.

En un cadáver, que era de un cabo de escuadra, encontró un frasco de pólvora.

— Para la sed, dijo metiéndosele en el bolsillo.

Á fuerza de penetrar hácia adelante, llegó al punto en que la humareda de la pólvora se hacia ya transparente.

Los tiradores de línea, formados en batalla junto á la cureña, detras de su parapeto de adoquines, y los tiradores de las afueras, formados en masa en la esquina de la calle, distinguieron de improviso un objeto que se removía entre el humo. En el momento en que Gavroche desembarazaba de sus cartuchos á un sargento que yacía en tierra junto á un guardacanton, una bala vino á depositarse en el cadáver.

— ¡Diantre! dijo Gavroche, hé aquí que ahora me matan á mis muertos.

Una segunda bala hizo chispear los guijarros junto á él. Por último una tercera derribó el cesto.

Gavroche miró, y vió que aquello venía de los guardias nacionales de las afueras. Levantóse de pié, en toda la magnitud de su talla, con el cabello al viento, las manos en las caderas, la vista fija en los guardias que tiraban contra él, y se puso á cantar :

On est laid à Nanterre,
C'est la faute à Voltaire,
Et bête à Palaiseau,
C'est la faute à Rousseau¹.

En seguida recogió su cesto y volvió á colocar en él, sin perder uno solo, los cartuchos que de él habían caído; y avanzando hácia los fuegos de fusilería, fué á despojar

¹ En Nanterre son feos, por culpa de Voltaire, y tontos en Palaiseau por culpa de Rousseau.

N. B. — Nanterre y Palaiseau son dos lugarcitos de la banlieue ó de las afueras de París.

otra cartuchera. Allí faltó poco para que le alcanzara una cuarta bala. Gavroche se puso á cantar :

Je ne suis pas notaire,
C'est la faute à Voltaire;
Je suis petit oiseau,
C'est la faute à Rousseau ¹.

Una quinta bala sólo consiguió arrancarle su tercera copla :

Joie est mon caractère,
C'est la faute à Voltaire;
Misère est mon trousseau,
C'est la faute à Rousseau ².

Esto continuó así durante algun tiempo.

Era un espectáculo espantoso y magnífico á la vez. Gavroche, fusilado, se burlaba de la fusilería; y tenía trazas de divertirse mucho con este pasa tiempo. Era el gorrion picoteando á los cazadores. Á cada descarga respondía él con una copla.

Apuntábanle sin cesar, y siempre le marraban el tiro. Los guardias nacionales y los soldados se reían al apuntarle.

Él se tendía en el suelo, despues se enderezaba, se eclipsaba en el hueco de una puerta, despues salía, corría, brincaba, desaparecía, reaparecía de nuevo, se escapaba, volvía, respondiéndole á la metrella con gestos y muecas, y entre tanto no dejaba de recoger cartuchos, vaciando las cartucheras y llenando su cesto. Los insurrectos, jadeando de ansiedad, le seguían con sus miradas. La barricada entera estaba temblando, mientras que

¹ Yo no soy notario, por culpa de Voltaire; soy un pajarillo, por culpa de Rousseau.

² Tengo el genio alegre, por culpa de Voltaire; mi ajuar es la miseria, por culpa de Rousseau.

él no cesaba de cantar. Aquello no era un niño, ni tampoco era un hombre; era una hada bajo la extraña figura de un gamin. Diríase que era el enano invulnerable de la liza. Las balas corrían tras él pero él era más listo que las balas; jugando cierta especie de pavoroso juego de escondite con la muerte. Cada vez que la cara chata y siniestra del espectro se acercaba, el gamin la daba un papirotazo.

Sin embargo, una bala mejor dirigida ó más traidora que las otras acabó por herir á aquel niño que parecía un fuego fatuo. Vieron á Gavroche vacilar sobre sus talones, y en seguida se postró en tierra. Toda la barricada lanzó un grito; pero en aquel pigmeo había algo de Anteo; para el gamin, tocar el empedrado es como para el gigante tocar la tierra; Gavroche no había caído sino para enderezarse de nuevo; permaneció sentado en el suelo, un largo reguero de sangre corría por su rostro, levantó los brazos por alto, miró hácia el lado de donde le había venido el tiro y se puso á cantar :

Je suis tombé à terre,
C'est la faute à Voltaire,
Le nez dans le ruisseau,
C'est la faute à..... ¹.

No pudo concluir. Una segunda bala del mismo tirador le cortó el aliento. Esta vez cayó ya de bruces contra el suelo, y no volvió á moverse. Aquella grande almita acababa de volar.

¹ He caído en tierra, por culpa de Voltaire, con la nariz contra el arroyo, por culpa de.....

XVI

COMO UN HERMANO SE CONVIERTE EN PADRE

En este mismo momento, habia en el jardin del Luxemburgo, — pues la mirada del drama debe de hallarse presente en todas partes, dos niños que marchaban asidos de las manos. Uno de ellos podia tener como siete años, y el otro cinco. La lluvia los habia mojado bastante, lo que los decidió á caminar entre las calles de árboles por el sitio en que daba el sol; el mayor conducia al pequeño; ambos iban cubiertos de harapos y estaban muy pálidos; tenian trazas de pájaros silvestres. El más pequeño decia: Tengo mucha hambre.

El mayor, un tanto erigido ya en protector, conducia á su hermanito por la mano izquierda y llevaba una vara en la mano derecha.

Encontrábanse solos en el jardin. El jardin estaba desierto, hallándose cerradas las verjas por medida de po-

ficia, á causa de la insurreccion. Las tropas que habian vivaqueado allí habian salido ya para las necesidades del combate.

¿Cómo es que se encontraban allí aquellos niños? Quizas se habian evadido de algun cuerpo de guardia entreabierto; tal vez en aquellas cercanías, en la barrera d'Enfer, ó en la explanada del Observatorio, ó en la encrucijada inmediata dominada por el fróntis donde se lee esta inscripcion: *invenerunt parvulum pannis involutum*, existia alguna barraca de saltimbánquis de la cual se habrian escapado; quizas habian esquivado, en la noche anterior, la vigilancia de los inspectores del jardin á la hora de cerrar, y habian pasado la noche en alguna de aquellas garitas donde se leen periódicos? No se sabe. El hecho es que vagaban por allí y parecian libres. Vagar y parecer libre, es estar perdido. Aquellas pobres criaturas estaban perdidas en efecto.

Estos dos niños eran los mismos á quienes Gavroche habia dado una noche hospitalidad en su elefante, segun recordarán nuestros lectores. Hijos de los Thénardier, confiados en alquiler á la Magnon, atribuidos al señor Gillenormand, y hojas ahora caidas de todas estas ramas sin raíces, y que arrastraba por el suelo el viento.

Sus vestidos, limpios, en tiempo de la Magnon, á quien servian como de muestra y de prospecto para con el señor Gillenormand, se habian convertido en miseros andrajos.

Aquellos seres pertenecian ya á la estadística de los « Niños abandonados » que la policia verifica y comprueba, recoge, extravía y vuelve á encontrar despues, rodando por el empedrado de París.

Eran menester los disturbios de este día para que aquellas miserables criaturas se hallaran en aquel jardin. Si los guardas los hubiesen visto, habrian echado á la

calle á aquellos andrajosos. Los niños pobrecitos no entran en los jardines públicos; sin embargo, debiera tenerse en cuenta que, en su calidad de niños, tienen derecho á las flores.

Estos estaban allí, gracias á las verjas cerradas. Se hallaban, por consiguiente, en contravencion á los reglamentos. Habian logrado deslizarse en el jardin, y allí permanecian. Las verjas cerradas no dan licencia ó derecho de reposo y distraccion á los inspectores; supónese siempre que la vigilancia continúa, pero el hecho es que ella se enerva y aún desaparece; y en este dia, los inspectores, conmovidos tambien por la ansiedad pública y más ocupados de lo que pasaba en el exterior que de lo que ocurría en el interior, no prestaban la menor atencion al jardin, y por consiguiente no habian visto á aquellos dos delincuentes.

Habia llovido la víspera, y un poco, tambien aquella misma mañana. Pero los aguaceros de Junio no se toman en cuenta. Apenas si se apercibe uno, al cabo de una hora de haber pasado la tormenta, que aquel rubicundo y hermoso dia ha llorado algunos instantes. La tierra se seca en estío tan pronto como la mejilla de un niño.

En esta época del solsticio, la luz del mediodía es, por decirlo así, punzante. Todo lo penetra, aplicándose y sobreponiéndose á la tierra con una especie de succion. Diríase que el sol tiene sed. Un chaparron es un vaso de agua; una lluvia es bebida al instante. Por la mañana todo está chorreando, y por la tarde, el lodo se halla convertido en polvo.

Nada es más admirable que el verdor de las plantas lavadas por la lluvia y enjugadas por los rayos del sol es la frescura caliente. Los jardines y los prados, en teniendo agua en sus raíces y sol en sus flores, se convierten en otros tantos pebeteros de incienos y exhalan todos

sus perfumes á la vez. Todo rie, todo canta, todo se ofrece á la más grata sensacion. Siéntese una dulce embriaguez. La primavera es un paraíso provisional; el sol ayuda al hombre á sufrir con paciencia los males de la vida.

Hay seres que no piden más que esto; vivientes que, en teniendo el azul del cielo, dicen: ¡ me basta! soñadores absortos en el prodigio, que en la idolatría de la naturaleza toman la indiferencia del bien y del mal, contempladores del cósmos, radiosamente distraídos del hombre, que no comprenden que nadie se preocupe del hambre de estos, de la sed de aquellos, de la desnudez del pobre en invierno, de la corvadura linfática de una frágil y diminuta espina dorsal, del camastro de la boardilla, del calabozo, y de los andrajos de las jovencitas que van firitando por calles y plazas, cuando se puede soñar á la sombra de los árboles, puestos los ojos en la inmensidad de los cielos y en los esplendores de la naturaleza; espíritus serenos y terribles, desapiadadamente satisfechos. Cosa extrana, el infinito les basta. Esa grande necesidad del hombre, el finito, que admite el enlace y union de los seres entre sí, la desconocen. El finito que admite el progreso, el trabajo sublime, no piensan en él siquiera. El indefinito, que nace de la combinacion humana y divina del infinito y del finito, se les escapa. Con tal que ellos se hallen cara á cara con la inmensidad, ya sonríen. Siempre el éxtasis, la alegría jamas. Su vida consiste en abismarse. Para ellos, la historia de la humanidad no es más un simple plano compuesto de particulas; el Todo no se halla en él; el verdadero Todo está fuera de aquel plano; ¿ á qué, pues, ocuparse de este detalle, el hombre? El hombre sufre, es posible; pero mirad el orto brillante y magnifico de Aldebaran! La madre carece ya de leche, el recién nacido parece de ina-

nicion, yo no sé nada de esto, pero observad ese maravilloso florón que figura una rodela de la albura del abeto examinada al microscopio! ¡ comparad con eso el más precioso encaje de Malinas! Estos pensadores se olvidan de amar. El exámen atento del zodiaco prevalece en ellos hasta el punto de impedirles el ver que llora un niño. Dios les eclipsa el alma. Es esta una familia de espíritus, grandes y pequeños á la vez. Horacio pertenecía á esta familia, Goethe tambien, tal vez La Fontaine; magníficos egoistas del infinito, tranquilos espectadores del dolor, que no ven á Neron si hace buen tiempo, á quienes el sol oculta la hoguera, que verian guillotinar buscando en este acto un efecto de luz, que no oyen ni el grito, ni el sollozo, ni el estertor, ni el toque á rebato; para quienes todo va bien, puesto que hay un mes de Mayo; quienes, miéntras que haya nubes de púrpura y de oro sobre sus cabezas, se declaran contentos y que han resuelto ser dichosos hasta la consumacion de los esplendores de los astros y de los cantos de las aves. Son radiantes y tenebrosos á la vez; y están ellos muy léjos de pensar que merecen compasion. Y en verdad que es así. El que no llora, no ve. Es preciso admirarlos y compadecerlos, como se compadeceria y como se admiraria un sér que fuese á la vez noche y dia, que no tuviera ojos bajo las cejas, y que tuviese un astro en mitad de la frente.

Segun algunas gentes, la indiferencia de estos pensadores es una filosofia superior. Sea en buen hora; pero en esta superioridad hay algo de enfermedad. Se puede ser inmortal y cojo; ejemplo, Vulcano. Se puede ser más que hombre y ménos que hombre. Lo incompleto inmenso está en la naturaleza. ¿ Quién sabe si el sol no es un ciego?

¡ Pero, cómo! y entónces, ¿ de quién habremos de fiarnos? ¿ *Solem quis dicere falsum audeat?* Así, pues, áun

ciertos genios, ciertos Altísimos humanos, los hombres-astros, ¿ podrian engañarse? Lo que está allá arriba, en el pinaculo, en la cima, en el zenit, lo que envía sobre la tierra tanta claridad, ¿ veria poco, veria mal, no veria nada? ¿ No es esto una cosa que desespera? No. ¿ Pero qué es lo que hay por encima del sol? Dios.

El 6 de Junio de 1832, á eso de las once de la mañana, el Luxemburgo, solitario y des poblado, estaba delicioso. Los diversos planteles, los arriates y los parterres se enviaban mutuamente perfumes y como una fascinacion embalsamada. Las ramas de los árboles, locas ante la claridad del mediodía, parecian buscarse para abrazarse. Habia entre los sicomoros grande algazara de currucas y calandrias, los intrépidos gorriones triunfaban, los hormigueros trepaban á lo largo de los castaños, dando ligeros picotazos en los agujeros de la corteza. Los acirates aceptaban como legítima la régia dignidad de la azucena; el más augusto de los perfumes, es el que sale de la blancura. Respirábase el olor de los claveles, que recuerda los de la pimienta, clavo y azafran. Las vetustas cornejas de María de Médicis se mostraban enamoradas en los grandes árboles. El sol doraba é inundaba de púrpura y de luz los tulipanes, que no son otra cosa que todas las variedades de la llama transformadas en flores. Al rededor de los cuadros de tulipanes zumbaban las abejas, como otras tantas chispas de aquellas flores-llamas. Todo era allí gracia y contento, hasta la cercana lluvia; esta reincidente, de la cual debian aprovecharse los lirios y las madreselvas, no ofrecia la menor inquietud; y las golondrinas hacian la linda amenaza de volar tan bajo, que casi se arrastraban por el suelo ó sobre el césped. El que se hallaba allí aspiraba la dicha; la vida se hacia sentir del modo mas grato; toda aquella naturaleza exhalaba el candor, el socorro, la asistencia, la

paternidad, la caricia, la aurora. Los pensamientos que caian del cielo eran suaves y delicados, como la mano del niño que besamos.

Las blancas y desnudas estatuas que estaban bajo los árboles tenían vestiduras de sombra agujereadas de luz; aquellas diosas se hallaban todas cubiertas de andrajos de sol, colgándoles los rayos por todas partes. Al rededor del grande estanque, la tierra estaba ya seca en términos de hallarse medio quemada. Corria un viento bastante fuerte para levantar acá y acullá pequeñas nubecillas de polvo. Algunas hojas amarillas, restos del último otoño, se perseguian alegremente, y parecian retozar como otros tantos niños.

La abundancia de la claridad tenía algo que serenaba el ánimo y que tranquilizaba. Vida, savia, color, efluvios, desbordaban; sentíase bajo la creacion la enormidad del origen; en todos aquellos soplos penetrados de amor, en aquel va-y-ven de reverberaciones y de reflejos, en aquel prodigioso consumo de rayos, en aquel derrame indefinido de oro flúido, sentíase la prodigalidad de lo inagotable; y, detras de aquel esplendor, como detras de una cortina de llamas, entreveíase á Dios, este millonario de estrellas.

Gracias á la arena, no habia una sola mancha de lodo; gracias á la lluvia, no habia un solo grano de ceniza. Los ramos de flores acababan de lavarse; todo aquel terciopelo, todo aquel raso, todo aquel charol, todo aquel oro que salia de la tierra bajo la forma de flores, todo era irreprochable. Era aquella una magnificencia límpida y espléndida. El gran silencio de la dichosa naturaleza llenaba de majestad el jardin. Silencio celeste compatible con mil músicas, con el arrullo de los nidos, el zumbido de los enjambres y las palpitations del viento. Toda la armonía de la estacion se realizaba allí

en un gracioso conjunto; las entradas y las salidas de la primavera tenían efecto conforme al órden regular establecido; las lilas concluian, los jazmines empezaban, algunas flores se hallaban en retraso; algunos insectos, por el contrario, se habian anticipado; la vanguardia de las mariposas rojas de Junio fraternizaba con la retaguardia de las mariposas blancas de Mayo. Los plátanos echaban nueva piel. La brisa mecia y formaba profundas undulaciones en la magnífica enormidad de los castaños. Era aquello en verdad una cosa maravillosamente espléndida. Un veterano del cuartel inmediato que miraba por entre la verja decia: Hé aquí la primavera de grande uniforme y presentando las armas.

Toda la naturaleza se desayunaba entónces; la creacion estaba á la mesa; era la hora habitual; el gran mantel azul estaba tendido en el cielo y el gran mantel verde puesto tambien sobre la tierra; el sol alumbraba *à giorno*.

Dios servia la comida universal. Cada sér tenía su pasto, ó su pastel, su peculiar alimento. La paloma torcaz encontraba cañamones, el pinzon mijo, el jilguero pamplina, el pitirojo insectos, la abeja flores, la mosca infusorios, y el verderon hallaba moscas. Es verdad que habia algo de comerse unos á otros, lo que constituye el misterio del mal mezclado con el bien; pero ni un solo animal tenía el estómago vacío.

Los dos niños abandonados habian llegado junto al grande estanque, y un tanto turbados, deslumbrados por toda aquella claridad, procuraban ocultarse, en virtud de ese instinto del pobre y del débil ante la magnificencia, áun impersonal; y se refugiaron detras de la barraca de los cisnes.

Por intervalos, cuando el viento lo favorecia, oíanse acá y allá confusamente ciertos gritos, á veces un sordo rumor, y como cierto estertor tumultuoso, que no era

otra cosa que las descargas de fusilería, y sordos estampidos, que eran los cañonazos. Por encima de los tejados, hacía el lado de los mercados centrales, veíase una gran nube de humo; y á lo léjos se oía el toque incesante de una campana, que parecía llamar.

Aquellos niños no manifestaban señales de percibir nada de aquel ruido. El más pequeñito repetía de vez en cuando á média voz: Tengo hambre.

Casi en el mismo instante que los niños, acercóse al grande estanque otra pareja. Un buen hombre de cincuenta años, conduciendo por la mano á un niño de seis. Sin duda eran padre é hijo. El niño de seis años tenía un gran bollo.

En aquella época, várias casas de las calles inmediatas al Luxemburgo, calle de Madame y calle d'Enfer, poseían una llave del jardín de la cual hacían uso los moradores cuando las verjas se hallaban cerradas; tolerancia ó favor que han ruprimido despues. Aquel padre y aquel hijo salían sin duda de alguna de aquellas casas privilegiadas.

Los dos niños pobrecitos y desamparados vieron venir á « aquel señor, » y procuraron ocultarse algo más.

Este era un bourgeois; tal vez el mismo á quien Marius, en medio de su fiebre de amor, había oido un dia, junto á aquel mismo estanque, aconsejar á su hijo que « evitara los excesos. » Tenía el semblante afable y alivió al mismo tiempo, y una boca que, sin cerrarse nunca, sonreía siempre.

Esta sonrisa mecánica, producida por demasiadas mandíbulas y demasiado poca piel, muestra los dientes más bien que el alma. El niño, con su torta mordida, que no podía acabar, parecía como atragantado. El hijo estaba vestido de guarda nacional, á causa del motín, y el padre iba de paisano, á causa de la prudencia.

Padre é hijo se habían detenido junto al estanque, donde se recreaban los dos cisnes. Aquel bourgeois parecía tener por los cisnes una admiracion especial. Tenía con ellos un punto de perfecta semejanza, la manera de andar.

En aquel momento, los cisnes nadaban, lo que constituye su principal talento, y estaban magníficos.

Si los dos niños cuitados hubieran escuchado la conversacion, y hubieran tenido edad para comprenderla, habrían podido recoger las palabras de un hombre grave. Con efecto, el padre decía al hijo:

— El hombre prudente y juicioso se contenta con poco. Mirame á mí, hijo mio. Á mí no me gusta el fasto ni la ostentacion. Jamas me ve nadie con casacas bordadas de oro y pedrería; este falso brillo le dejo yo á las almas mal organizadas.

En este mismo instante, los grandes gritos que se hacían oír hacía el lado de los mercados centrales estallaron con un redoble de campanas y de rumores estrepitosos.

— ¿Qué será eso? preguntó el niño.

El padre respondió:

— ¿Eso? son saturnales.

De improviso distinguió á los dos pobrecitos desarraigados, inmóviles detras de la casita verde de los cisnes.

— Hé ahí el principio, dijo.

Y despues de un momento de silencio, añadió:

— La anarquía penetra ya en el jardín. Entre tanto el hijo mordía el bollo, arrojaba al suelo los bocados, y bruscamente se echó á llorar.

— ¿Por qué lloras? le preguntó el padre.

— No tengo ya hambre, dijo el niño.

La sonrisa del padre se acentuó.

— No se necesita hambre para comerse un bollo.

— Mi bollo me fastidia. Está duro.

— ¿No quieres ya más?

— No.

El padre le mostró los cisnes, y le dijo:

— Échasele á esos palmipedos.

El niño vaciló. Ya no quiere más hollo, pero no es esto una razon para darle.

El padre prosiguió:

— Vamos, sé humano. Es menester tener compasion de los animales.

Y tomando el hollo á su hijo, le arrojó al estanque.

El hollo cayó bastante cerca de la orilla.

Los cisnes se hallaban léjos, en el centro del estanque, ocupados en alguna otra presa, y ni habian visto al bourgeois, ni su hollo tampoco.

Viendo que el hollo estaba expuesto á perderse, y conmovido en vista de aquel naufragio inútil, el bourgeois se entregó á una especie de agitacion telegráfica que acabó al fin por llamar la atencion de los cisnes.

Distinguieron estos, en efecto, algo que sobrenadaba en el estanque, viraron de bordada, como verdaderos buques que son, y se dirigieron muy despacio hácia la torta, con esa venerable majestad que tan bien sienta á los animales blancos.

— Los cisnes comprenden los signos, dijo el bourgeois, muy satisfecho de sí mismo por haber mostrado tanto chiste.

En este mismo instante, el lejano tumulto de la ciudad experimentó un súbito acrecentamiento. Esta vez, el rumor pareció siniestro. Hay bocanadas de viento que hablan más distintamente que otras. La que soplaba en este momento traia claramente los redobles de tambor, los clamores, los fuegos de peloton, y las réplicas lúgubres del cañon y de las campanas. Todo esto coincidió con una nube negra que ocultó bruscamente el sol.

Todavía no habian llegado los cisnes adonde se hallaba sobrenadando el hollo.

— Vámonos á casa, dijo el padre, hé ahí que atacan ya las Tullerías.

Y diciendo y haciendo, volvió á tomar de la mano á su hijo. En seguida continuó diciendo:

— De las Tullerías al Luxemburgo, no hay más que la distancia que separa al trono de la Cámara de los Pares; no es muy grande esta distancia. Vamos á tener una gran lluvia de tiros.

Y se puso á mirar la nube.

— Y tal vez vamos á tener tambien una verdadera lluvia de agua; el cielo toma parte en la contienda. No hay remedio: la rama segunda, ó línea lateral de sucesion al trono, está condenada. Entremos pronto en casa.

— Yo quisiera ver á los cisnes comerse el hollo, dijo el niño.

El padre contestó:

— Eso seria una imprudencia.

Y se marchó con su tierno retoño de bourgeois, alargando bien el paso.

El niño, echando de ménos á los cisnes, volvia sin cesar la cabeza hácia el estanque, hasta que un recodo de los cuadros de plantas se le ocultó enteramente.

Entre tanto, los dos pobrecitos vagabundos se habian ido aproximando al hollo, al mismo tiempo que los cisnes. La torta seguia flotando sobre la superficie del agua. El más pequeño de los dos niños hambrientos no apartaba los ojos del hollo; mientras que el mayor miraba de hito en hito al bourgeois que se iba alejando.

Padre é hijo penetraron en el laberinto de avenidas ó calles de árboles que conduce á la grande escalera que está hácia el lado de la calle de Madame.

En el momento en que ya los perdió de vista, el mayor-

cito de los dos niños se echó vivamente de bruces sobre el borde redondeado del estanque, y asiéndose bien á él con la mano izquierda, inclinado sobre el agna, muy expuesto á caer dentro del estanque, extendió con su mano derecha la vara que llevaba en la direccion de la torta. Al ver al enemigo, los cisnes apresuraron el paso para llegar á tiempo adonde estaba el bollo; pero, al apresurarse, produjeron en el agua con el pecho un efecto útil al pescadorcito que se afanaba en la orilla; el agua empujada por los cisnes empujó á su vez el bollo flotante, y una de aquellas débiles undulaciones concéntricas fué aproximando poco á poco la torta á la vara del muchacho. Al mismo tiempo en que llegaban los cisnes, tocaba ya la vara al bollo. El niño sacudió entónces un golpe con viveza, espantó y ahuyentó á los cisnes, acercó la torta, la cogió con la mano, y se incorporó. El bollo estaba mojado, pero ellos tenian hambre y sed. El mayorcito dividió en dos partes la torta, una grande y otra más pequeña, guardó esta última para sí, y dió la grande á su hermanito diciéndole:

— *Cuélate eso en el fusil.*



XVII

MORTUUS PATER FILIUM MORITURUM EXPECTAT

Marius se habia lanzado fuera de la barricada; y Combeferre le habia seguido. Pero ya no era tiempo. Gavroche habia muerto. Combeferre se llevó el cesto de cartuchos, y Marius se llevó el niño.

¡ Ah! dijo para sí, lo que su padre hizo por el mio, yo lo hago por el hijo; sólo que Thénardier sacó á mi padre vivo, y yo llevo muerto este niño!

Cuando Marius entró de nuevo en el reducto con Gavroche en brazos, tenía, como el niño, el rostro inundado de sangre.

En el instante mismo en que se habia bajado para recoger á Gavroche, una bala le habia tocado de refilon el cráneo, sin que él lo hubiera notado.

Courfeyrac se quitó la corbata y vendó con ella la frente de Marius.

Depositaron á Gavroche en la misma mesa donde se hallaba Mabeuf, extendiendo sobre ambos cuerpos á la vez el pañuelo negro, el cual era bastante grande para cubrir con él al viejo y al niño.

Combeferre distribuyó los cartuchos que había traído en el cesto.

Esta distribución daba á cada hombre quince tiros que disparar.

Juan Valjean continuaba siempre en el mismo sitio, inmóvil sobre su guardacanton. Cuando Combeferre le entregó sus quince cartuchos, meneó él la cabeza.

— Hé aquí un individuo raro y excéntrico, dijo Combeferre en voz baja á Enjolras. Él halla medio de no batirse en esta barricada.

— Lo que no le impide defenderla, respondió Enjolras.

— El heroísmo tiene también sus originales, repuso Combeferre.

Y Courfeyrac, que lo había oído todo, añadió :

— Es un tío Mabeuf, de un género diferente.

Cosa que es precioso notar, el fuego que combatía á la barricada, no turbaba apenas su interior. Las personas que no han atravesado nunca el torbellino de este género de guerra, no es posible que se formen una idea exacta de sus singulares momentos de tranquilidad mezclados con estas convulsiones. Se va y se viene y se habla y se bromea y se pasa el tiempo, cada cual á su manera. Un sugeto á quien conocemos oyó decir á un combatiente en medio de lo más recio de la metralla : *Estamos aquí como en un almuerzo de jóvenes solteros*. El reducto de la calle de la Chanvrerie, lo repetimos, parecía muy tranquilo en el interior. Todas las peripecias y todas las fases iban á quedar ya agotadas. De crítica que ántes era, la posición había venido á ser amenazadora, y de amenazadora, iba probablemente á convertirse en desesperada.

Á medida que la situación se oscurecía, un resplandor heroico enrojecía cada vez más la barricada. Enjolras, siempre grave, la dominaba enteramente, en la actitud de un jóven esparciata que consagraba su desnuda cuchilla al genio sombrío de Epidótas.

Combeferre, con el mandil sobre el vientre, curaba á los heridos : Bossuet y Feuilly hacían cartuchos con el frasco de pólvora que cogió Gavroche al cabo de escuadra muerto, y Bossuet decía á Feuilly : *Pronto vamos á tomar la diligencia para otro planeta*; Courfeyrac entre tanto disponía y arreglaba, sobre las pocas piedras que se había él reservado junto á Enjolras, todo un arsenal, compuesto de su estoque, su escopeta, sus pistolas de arzon, y un puñal, con el esmero de una jovencita que pone en órden su pequeño Dunquerque. Juan Valjean, siempre mudo, miraba sin cesar á la pared que eslababa en frente de él. Un obrero se sujetaba bien en la cabeza con una cuerda un gran sombrero de paja de la tía Hucheloup, *por temor á una insolación*, decía. Los jóvenes de la Cogurda de Aix departían entre sí alegremente, como si se afanaran para hablar su patuá, ó dialecto provincial, por última vez. Joly había descolgado el espejo de la viuda Hucheloup y se miraba en él la lengua con mucha atención. Algunos combatientes que habían descubierto varias cortezas de pan, casi mohosas, en el cajón de una mesa, se las comían con la mayor avidez. Marius se hallaba con grande inquietud, pensando en lo que iba á decirle su padre.